

ENTRE EL BARRO Y LA GRIETA

MEMORIAS DE UNA GEÓGRAFA
EN LA ZONA CERO



MILAGROS DOMÍNGUEZ PADILLA

"ENTRE EL BARRO Y LA GRIETA"

Durante décadas, la naturaleza ha reclamado a La Guaira una y otra vez, pero su gente se niega a abandonarla. ¿Terquedad o derecho a existir? Desde las entrañas de la "zona cero" del devastador doblete sísmico, una especialista en gestión del territorio eleva su voz para desafiar a quienes sentencian el destierro del guaireño. Mitad testimonio desgarrador, mitad ensayo científico, esta obra despoja al desastre de su aura fatalista para demostrar que el riesgo es una construcción humana que puede revertirse. Descubre el pacto definitivo entre la Geografía y el amor por el terruño en un libro que pretende transformar los escombros en los cimientos de la esperanza.

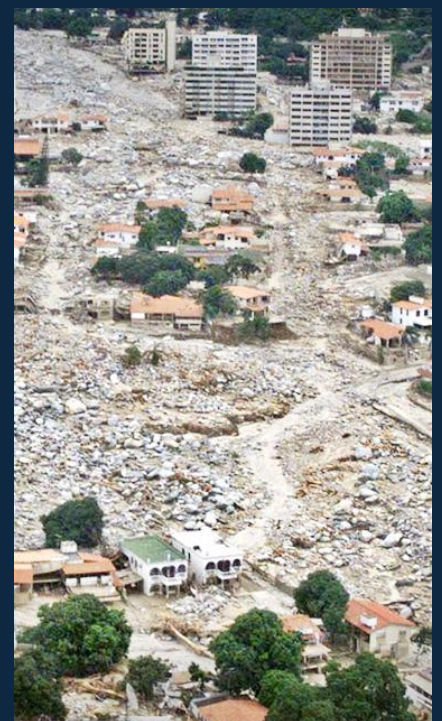
Milagros Domínguez Padilla

1 era. Edición digital - septiembre 2026

miladom@gmail.com



MEMORIAS DE UNA GEÓGRAFA EN LA "ZONA CERO"



¿Qué sucede cuando la tierra que amas se fractura bajo tus pies una vez más?

En junio de 2026, un letal doblete sísmico redujo a escombros el litoral central venezolano, despertando el luto y el viejo estigma del forastero: «¿Por qué insisten en quedarse?». En esta obra profundamente conmovedora, una Geógrafa y sobreviviente responde a esa interrogante con la autoridad de quien ha perdido su refugio, pero jamás sus raíces.

Entrelazando el rigor del análisis espacial con el dolor de la pérdida y la fuerza de la memoria histórica, la autora desmonta el mito de que La Guaira está condenada. Más que la crónica de una tragedia, este libro es un manifiesto vibrante sobre el derecho al arraigo y una guía para la reconstrucción. Una lectura imprescindible para entender cómo la ciencia y el alma de un pueblo pueden fundirse para levantar, desde las ruinas, un hogar indestructible.

Índice

Dedicatoria	3
Agradecimientos	4
Prólogo	6
La Geografía de la memoria	6
Introducción	7
El territorio como destino y decisión	7
Capítulo 1	9
Las huellas del agua y la memoria familiar (1951 - 1967)	9
Capítulo 2	13
El barro, el destierro y la brújula (1999)	13
Capítulo 3	18
Cuando la tierra volvió a crujir (El doblete sísmico de junio 2026)	18
Capítulo 4	23
El estigma del forastero y el arraigo guaireño	23
Capítulo 5	25
Reconstruir el terruño: La ciencia y la experiencia unidas	25
Conclusiones y Consideraciones Finales	27
El pacto definitivo con nuestro territorio	27
Referencias Consultadas	29

Dedicatoria

A Dios,

Señor y dador de vidas, dueño absoluto de nuestro primer aliento y de nuestro último suspiro. Por ser la luz inmarcesible en las horas más oscuras, por sostener mi mano y calmar mi espíritu cuando la tierra tembló bajo mis pies, y por concederme la gracia infinita de seguir caminando sobre este mundo para dar testimonio de nuestra historia. A Ti, mi fe, mi refugio y mi paz.

A mis ancestros,

Mis abuelos, mis padres y mis tíos. Ustedes fueron los primeros en amar profundamente esta franja entre el mar y la montaña. Fueron los que resistieron con estoicismo las furias del agua y el estremecer de la tierra, enseñándome que el hogar no se abandona. Su sangre es la tinta con la que escribo, y su memoria, el cimiento inquebrantable de mi arraigo.

A mi familia,

Mi bastión inexpugnable en medio del caos, y muy en especial a todos mis sobrinos. Ustedes son el abrazo que me reconstruye, la promesa viva de que la esperanza no se derrumba y la semilla de nuestro renacer. Por ustedes, y para ustedes, se levanta de nuevo nuestro terruño.

In memoriam,

Con el alma de rodillas y el corazón habitado por la nostalgia, a mis amigos, compañeros de la radio, mis hermanos de la iglesia, y mis hermanos de la vida, a quienes la tierra reclamó en el doblete sísmico de junio de 2026. Sus nombres no quedaron bajo los escombros, vivirán por siempre en la brisa de nuestra costa: a nuestra querida Anita García Barre; a Ernesto García; a Marco Vinicio Zamora y su familia; a Alejandrino Osorio; a Gloria de Jesús y su familia; a Leyrubi González —nuestra entrañable Uva— y a su hijo Sebastián; a Sabrina Ángulo; a Yadira de Narváez, la gran amiga de mi madre, junto a su hija Ivana y a su nieta; a los hijos de Damiré y Heriberto: Daniela y Jesús; a las hijas de Yeti: Chantal y Clarita; a los hijos de Maryeri: Christian y en especial a nuestra querida Christi y su familia; a Roberto y su esposa Mariela, a la familia de Renssy, en especial a nuestra querida Yenssy; a Robert y a los suyos, abrazados a su madre Odalys; a René, a Anthony, Magdalena y Augusto Quijada... y a tantos otros que partieron en un instante. Su ausencia duele en lo profundo, pero su luz nos guiará en cada piedra que volvamos a colocar.

Y a todas las generaciones de mi familia que están por venir. Les entrego esta geografía de cicatrices y de inmensos amores. Que estas páginas les enseñen a respetar nuestra tierra y les recuerden siempre que, aunque el dolor nos alcanzó, la resiliencia y el amor por lo nuestro serán eternamente su mayor herencia.

Agradecimientos

Antes que, a cualquier otra fuerza en este mundo, mi gratitud infinita se eleva a Dios. A ese Creador inmenso que, en medio de la fractura y el polvo, sopló sobre nosotros el aliento de la vida, convirtiéndose en el faro inextinguible cuando la oscuridad intentó devorarnos. Gracias, Señor, por sostener mi pluma, por sanar mis heridas con tu misericordia y por permitirme ser el instrumento a través del cual estas memorias hallaron su cauce hacia la luz.

Con el alma rebosante de amor y envuelta en esa paz divina, extendiendo mi más profundo agradecimiento a toda mi familia. A mis hermanos, a mis sobrinos, a mis primos y a cada uno de los míos: gracias eternas. Ustedes han sido la roca firme que ningún sismo pudo resquebrajar, el templo seguro donde pude resguardarme cuando las fuerzas flaqueaban. En cada lágrima compartida y en cada abrazo apretado entre las ruinas, me demostraron que, sin importar con cuánta violencia tiemble el suelo que pisamos, los lazos de nuestra sangre son las verdaderas raíces que nos mantienen en pie. Transformar esta angustia en palabras solo fue posible gracias a la inmensidad de su amor y a su incondicional soporte.

Y en el centro de este milagro de renacer, guardo un espacio muy especial y rebosante de luz para ti, José Félix Valera, mi compañero de vida y de alma. Gracias, amor mío, por ser mi ancla mansa en medio de las peores tormentas, mi cable a tierra siempre y mi remanso de paz cuando nuestro mundo parecía venirse abajo. Caminaste a mi lado entre los escombros, me ayudaste a rescatar nuestras convicciones y sostuviste mi mano con la firmeza de quien sabe que, juntos, siempre podremos reconstruirlo todo.

Pero más allá de tu compañía inquebrantable, te agradezco infinitamente por creer en mí incluso antes de que yo misma tuviera el valor de hacerlo. Fuiste el viento constante que impulsó mis alas para vaciar el alma en estas páginas, el latido que me convenció de que mi testimonio — como mujer, como guaireña y como geógrafa— necesitaba florecer y ser contado. Sin tu aliento diario, sin tu apoyo y sin tu fe inagotable en mi voz, este libro seguiría siendo tan solo un eco silencioso atrapado en mi corazón.

A todos los que, con una oración, un abrazo cubierto de polvo o una mirada preñada de esperanza, me recordaron que la vida siempre vuelve a abrirse paso en nuestro sagrado terruño... Gracias absolutas.

Prólogo

La Geografía de la memoria

La Geografía suele enseñarse en las aulas como una ciencia de elementos estáticos: coordenadas, mapas de riesgos, cuencas y relieves inamovibles. Sin embargo, para quienes nacimos y echamos raíces en la estrecha y vibrante franja entre el Mar Caribe y la imponente Cordillera de la Costa, La Geografía no es un papel sobre un escritorio; es un ente vivo y dinámico. Es una tierra que respira, que nos abraza con su salitre y que, de vez en cuando, ruge y nos recuerda su indomable poder.

Las páginas que conforman este libro no nacieron únicamente del rigor académico de una profesional dedicada a la Geografía, aunque esta ciencia sea la columna vertebral que sostiene cada uno de mis argumentos. Esta obra fue escrita, fundamentalmente, desde la memoria visceral de una sobreviviente. Nace de la sangre de mis abuelos, quienes vieron atestiguanes el deslave del 51, quienes enfrentaron la furia del agua en Punta de Mulatos en 1960 y el crujir de la tierra en 1967. Nace de los ojos de aquella joven estudiante que, rodeada por el barro y la desolación del destierro en 1999, encontró en medio de la tragedia la brújula de su vocación científica. Y brota, con dolorosa frescura, del corazón de una mujer que tuvo que desplazarse al perder su propio refugio y su espacio de lucha comunicacional durante el devastador doblete sísmico de junio de 2026.

A lo largo de la historia, tras cada fractura de nuestra tierra, el guaireño ha tenido que enfrentarse no solo a la titánica tarea de remover lodo y escombros, sino también al peso del juicio externo. Desde la comodidad de la distancia, la mirada del forastero nos ha cuestionado y estigmatizado, exigiéndonos abandonar nuestro hogar bajo la premisa de que habitamos una zona condenada. Este libro es mi respuesta definitiva a ese cuestionamiento.

A través de estos cinco capítulos, invito al lector a despojarse del frío “determinismo geográfico” para comprender el verdadero significado de la toponimia: el amor inquebrantable por el lugar que habitamos. Aquí desmonto el estigma de quienes nos tildan de obstinados, demostrando que nuestro arraigo es un derecho fundamental y que la vulnerabilidad de La Guaira no es solo responsabilidad de la majestuosa topografía, sino de las decisiones históricas de quienes han tenido la potestad dando la espalda a la naturaleza.

Pero este relato no es un inventario de lamentos ni una oda a la tragedia. Es, ante todo, un manifiesto de esperanza y un manual de acción. Es la demostración palpable de que la resiliencia no es un concepto abstracto, sino una práctica que exige unir la ciencia más rigurosa —la microzonificación, la ingeniería sismorresistente, la planificación territorial y el modelado ambiental— con la sabiduría infinita de la mística popular. Ningún satélite podrá jamás superar

el conocimiento empírico del abuelo que recuerda cómo bajó el lodo, ni del vecino que sabe cómo cambia el canto del río, ni cómo espumea antes de una crecida.

Al adentrarse en esta lectura, recorrerán la historia de una familia, de una vocación y de un territorio entero que se niega a ser borrado. Es mi invitación a mirar a La Guaira con empatía y no como una tierra de desastres, sino como el escenario donde, con planificación, cartografía social y un profundo respeto por nuestro entorno, estamos dispuestos a reconstruir nuestro terruño de cara al mar, para garantizar a las generaciones futuras un hogar seguro, eterno y profundamente nuestro.

Introducción

El territorio como destino y decisión

Escribir sobre la destrucción del propio hogar es un ejercicio de profunda confrontación. Cuando el polvo se asienta y las estadísticas oficiales intentan, casi siempre sin éxito, cuantificar la magnitud de lo perdido, quienes sobrevivimos nos enfrentamos a un silencio abrumador. En esa pausa obligada suelen surgir dos caminos: la resignación del destierro o la búsqueda urgente de respuestas. Este libro nace, irrevocablemente, de la segunda opción.

La literatura sobre desastres socionaturales suele estar dividida por una línea invisible. Por un lado, se encuentran los informes técnicos y académicos, cargados de rigor, pero a menudo carentes del pulso humano y la empatía de quien ha perdido su hogar. Por el otro, abundan los testimonios desgarradores de los sobrevivientes, voces vitales que en muchas ocasiones son despojadas de su peso científico o analítico por quienes toman las decisiones.

El propósito central de estas páginas es dinamitar esa línea. A lo largo de mi vida, he habitado ambas dimensiones. Soy hija, nieta y protagonista de una estirpe guaireña que ha visto a la montaña venirse abajo y a la tierra abrirse paso a la fuerza; pero también soy geógrafa, una profesional entrenada para leer el paisaje a través del análisis espacial, la mitigación de riesgos y el ordenamiento territorial. Aquí, la Guaireña, la víctima y la científica dialogan bajo una sola voz.

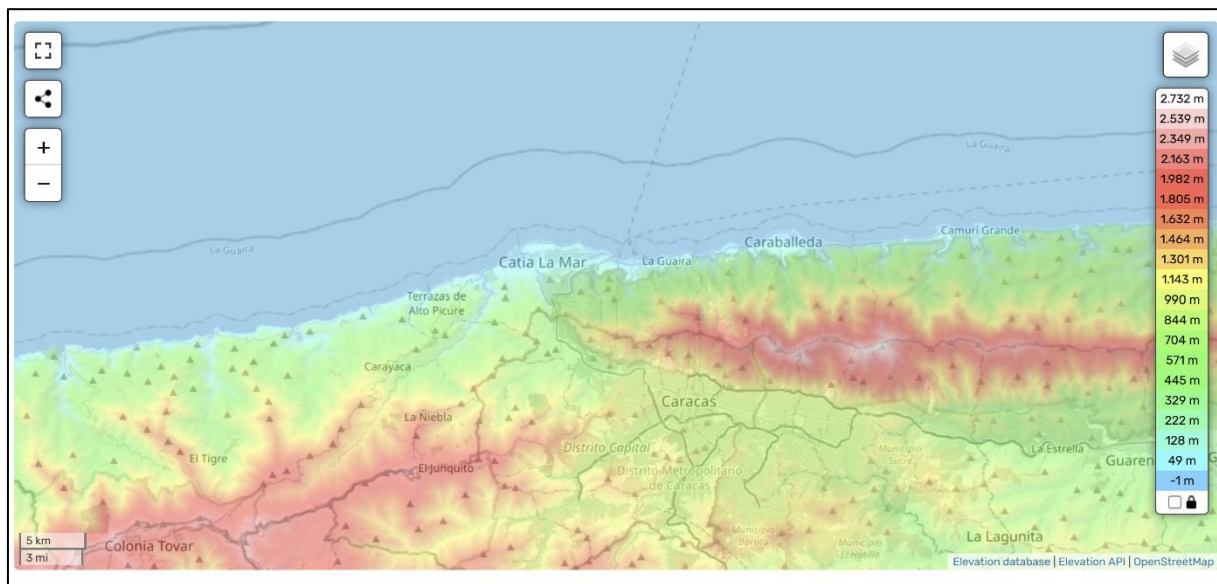
Al adentrarse en esta obra, el lector emprenderá un viaje cronológico que traza la evolución de nuestra vulnerabilidad. Iniciaremos escudriñando las cicatrices heredadas de los desastres de 1951 y 1967, las precipitaciones del 60 que marcan la historia familiar, atravesaremos las horas oscuras del deslave de 1999 que terminó por forjar mi vocación, y aterrizaremos de golpe en la inmediatez de nuestra más reciente herida: el doblete sísmico de 2026. Sin embargo, el objetivo de exponer esta línea de tiempo no es regodearnos en el dolor cíclico del litoral central. El fin último es desmenuzar la anatomía de nuestras tragedias para encontrar sus verdaderas causas.

En este recorrido quedará demostrado que el enemigo no es la falla de San Sebastián, ni la pendiente de la cordillera, ni las precipitaciones extraordinarias. La amenaza es natural, pero el riesgo es una construcción estrictamente social. Entenderemos cómo décadas de anarquía urbana, omisiones estatales y la ocupación de zonas geológicamente frágiles sin los estudios suficientes, sin planificación y sin criterios de mitigación necesarios, construyeron el escenario perfecto para que la naturaleza nos pasara factura.

Más que unas memorias, concibo este texto como un instrumento de acción ciudadana y planificación integral. Es un manual que busca transformar el estigma del sobreviviente en una cultura proactiva de prevención. Si en el prólogo declaramos nuestro amor innegociable por La

Guaira, en los siguientes capítulos demostraremos, con argumentos técnicos y vivenciales, cómo protegerla.

Bienvenidos a este recorrido por la memoria, la ciencia y la resiliencia de un pueblo que, frente a la furia de los elementos, ha comprendido que aprender a convivir con el riesgo es el único camino para garantizar que la tierra que amamos deje de ser una amenaza, y vuelva a ser, para siempre, nuestro refugio.



Mapa Topográfico de La Guaira. Fuente: <https://es-es.topographic-map.com/>

Capítulo 1

Las huellas del agua y la memoria familiar (1951 - 1967)

La Guaira no es solo un espacio geográfico; es, desde sus raíces más profundas, tierra de Caribes. Es un destino tallado entre la inmensidad del mar y la imponente verticalidad de la montaña, heredera del espíritu indómito y guerrero de nuestros ancestros indígenas. En este estrecho margen de tierra, mi familia materna aprendió desde temprano que habitar la costa exige un acuerdo de convivencia con la naturaleza, una alianza que a veces se cobra en desprendimientos y dolor. La memoria de mi sangre no empieza con mis propios pasos, sino con las huellas que el agua y el lodo dejó en la vida de mis abuelos, cimientos de la familia Padilla Ramírez, en una época en la que la montaña decidió reclamar su cauce.

Corría el año 1951 cuando el cielo se desplomó sobre el litoral de forma inclemente. Para aquel entonces, mis abuelos, Raúl y Tomasa, aún vivían en el poblado de mis ancestros llamado Anare, un caserío ubicado al este del estado La Guaira, entre Naiguatá y Los Caracas (...parroquia Naiguatá, la Naiguatá natal de mi madre). Desde allí fueron testigos de la furia del agua que transformó la costa, ajenos a que años más tarde la montaña también les exigiría su propio tributo.

Fue entre 1953 y 1955 cuando tomaron la decisión de migrar hacia Punta de Mulatos. Este traslado no fue un éxodo provocado por la vaguada, sino el paso firme de quienes buscan su propia independencia. Querían salir de la casa materna de mi abuela para forjar su propio espacio, buscando mejoras en su calidad de vida y la dignidad de levantar un hogar propio. Así, con esfuerzo y visión de futuro, construyeron su nueva cotidianidad en el cerro “Los Comunistas”. Allí crecían mi mamá Yolanda y mis tíos mayores, Félix y Edgar, y allí también se sumó la tía Carmen Edilia y nació el menor de mis tíos, Raúl Antonio. Pero la montaña, siempre latente a sus espaldas, tenía su propia memoria. A finales de 1960, cuando mi tío Raúl apenas tenía unos cuatro años y mi madre se asomaba a la adolescencia, las lluvias arreciaron y la tierra del cerro “Los Comunistas” finalmente cedió. El colapso fue absoluto. El cerro les tumbó la casa, arrastrando consigo paredes, pertenencias y la tranquilidad que con tanto esfuerzo habían construido. Fue su primer encuentro en carne propia con la vulnerabilidad del territorio, un recordatorio trágico de lo frágil que puede ser la ocupación humana frente a la dinámica natural.

De la noche a la mañana, pasaron a engrosar la cifra de los cerca de 900 “damnificados” que dejó aquel desastre en el litoral, experimentando por primera vez ese destierro involuntario que décadas más tarde la historia me obligaría a repetir. El primer refugio que los albergó en medio del caos fue el Liceo José María Vargas, un espacio donde la angustia se convertía en una experiencia colectiva. Sin embargo, la verdadera prueba de resistencia apenas estaba por comenzar. Poco tiempo después, fueron reubicados en unas carpas en lo que hoy conocemos como la calle Oramas, en el sector El Teleférico, que venía de ser una hacienda cacaotera y cafetalera. Allí, bajo el cobijo precario, mis abuelos, mi mamá y mis tíos vivieron durante dos largos y desafiantes años.



De Izquierda a derecha: Fotografía Nro. 1: Mi tía Carmen Edilia, mi tío Raúl Antonio y mi madre Yolanda, en el refugio del Liceo José María España (1960). Fotografía Nro. 2. Mi bisabuela Gregoria Gallardo visitando a su hija, mi abuela Tomasa en las carpas en calle Oramas (donde estuvieron viviendo durante dos años (entre 1961 y 1963). Fuente: Memoria fotográfica familiar.

Fueron tiempos de incertidumbre, pero también de una cohesión social inquebrantable. Junto a ellos, otras trece familias compartían el mismo espacio, las mismas limitaciones y la misma esperanza. Catorce familias en total habitando lo provisional, resistiendo el calor y la intemperie mientras el “Banco Obrero” avanzaba en la construcción de sus viviendas que les devolverían la dignidad de un techo propio en la avenida principal. Posteriormente, mientras esperaban fueron reubicados en unos galpones en el mismo sector. Sin embargo, no todos pudieron acceder a estas viviendas, pues “las casas quedaron tan lindas y bonitas” que no se las cedieron, sino que se las vendieron, y sólo los que tenían condiciones para comprarlas fueron los que pudieron acceder a ellas. Afortunadamente, mi abuelo Raúl era personal de la planta CADAFE (Electricidad de Caracas, hoy CORPOELEC), a través de la cual pudo acceder a un crédito hipotecario y lograron realizar la compra. Esa espera, lejos de quebrarlos, forjó en ellos un arraigo indomable. Cuando finalmente recibieron las llaves de su nuevo hogar en lo que sería la Avenida Principal en el sector El Teleférico, no solo estaban recuperando una casa; estaban plantando bandera, negándose a ser expulsados de su geografía vital, siendo mi familia la tercera en llegar a esta zona, convirtiéndose en cofundadores de esta pujante comunidad.

Hoy, al mirar hacia atrás con los ojos de la geógrafa en la que me convertí, entiendo la magnitud científica de la vulnerabilidad con la que mi familia convivió de manera empírica. Ese derrumbe que los dejó sin hogar en 1960 demuestra lo traicionera que puede ser la dinámica atmosférica de la costa. A diferencia de las grandes catástrofes nacionales, este evento fue una anomalía: una lluvia orográfica sumamente localizada y de altísima intensidad que descargó su furia sobre cabeceras de cuencas específicas, paradójicamente en medio de un ciclo catalogado como de “sequía meteorológica generalizada” en el litoral.

Al ser un fenómeno micro-localizado, no dejó una huella masiva en los pluviómetros principales, pero su impacto en las laderas fue devastador. Desde el punto de vista geomorfológico, los suelos del cerro “Los Comunistas” —derivados de rocas metamórficas altamente meteorizadas— perdieron repentinamente su cohesión ante la saturación hídrica. Esto desencadenó un movimiento en masa que no perdonó las viviendas autoconstruidas en las pendientes. La pérdida de la casa de mi familia no fue mera “mala suerte”; fue la respuesta física de un territorio geológicamente joven y abrupto que, al recibir una carga excepcional de agua, buscó recuperar su perfil de equilibrio natural llevándose todo a su paso.

Era la misma dinámica letal que ya había mostrado su peor rostro casi una década antes. El gran deslave de febrero de 1951, que ellos presenciaron mientras aún estaban en Anare, había dejado registros extraordinarios de hasta 70 horas ininterrumpidas de lluvias torrenciales, saturando las laderas del Parque Nacional El Ávila y desbordando violentamente múltiples ríos a lo largo de la costa. Fue una lección dictada por el lodo que advertía sobre los altísimos riesgos de ocupar las pendientes escarpadas; el mismo riesgo geomorfológico que alcanzaría a mis abuelos en su propia casa nueve años después.

Esa tenacidad de permanecer, forjada tras sobrevivir a los embates del agua y el barro, encontró su prueba de fuego en 1967. El 29 de julio, a las 8:05 de la noche, la región volvió a estremecerse. Esta vez no fue el agua, sino el crujir violento de la tierra. Un terremoto de magnitud 6.7 Mw., con epicentro en el Litoral Central a unos 20 kilómetros de Caracas, desató su energía durante 35 segundos que paralizaron al país. Desde la perspectiva técnica, la clave de su inmenso poder destructivo radicó en su hipocentro superficial, ubicado a escasos 10 o 15 kilómetros de profundidad. Esta característica permitió que las letales ondas sísmicas viajaran con fuerza implacable hacia la superficie, encontrando en el tipo de suelo del valle de Caracas y en Caraballeda en el entonces departamento Vargas, el escenario perfecto para amplificarse. Fue un fenómeno de resonancia que condenó de manera desproporcionada a las edificaciones altas y medianas.

El impacto físico fue dantesco y marcó un antes y un después en la ingeniería sismorresistente en Venezuela, obligando a actualizar y endurecer drásticamente las normas de construcción en el país. El desastre dejó más de 300 muertos (236 registrados oficialmente), alrededor de 2.000 heridos, 80.000 personas sin hogar y pérdidas materiales superiores a los 10 millones de dólares de la época. En nuestra costa, la destrucción fue severa, marcando también la memoria laboral y de supervivencia de mi familia. Mi abuela Tomasa, para esa época, trabajaba en el Hotel Macuto Sheraton. Cuando la tierra rugió, el edificio sufrió daños estructurales tan fuertes que las escaleras principales colapsaron. Ella quedó atrapada en el sexto piso, incomunicada y en medio del caos, hasta que los bomberos, tras arduas horas de tensión, lograron rescatarla. A poca distancia de allí, en Caraballeda, cinco de los once pisos de la “Mansión Charaima” colapsaron. Fue una estructura que meses después se resistiría a ser derribada con explosivos, obligando al uso de una bola de demolición. Al otro lado de la montaña, el municipio Chacao y otras zonas del este de Caracas quedaron cubiertas por una densa nube de polvo gris tras el colapso total de varios edificios residenciales. El Neverí, el San José de nueve pisos y el Palace Corvin en Altamira desaparecieron bajo los escombros. En el emblemático Mijagual, de diez pisos, una fiesta se convirtió en el escenario final para sus invitados. Seis edificios de gran altura fueron

destruidos por completo, 40 declarados inhabitables, 180 sufrieron deterioros graves y un número incalculable de viviendas menores presentaron averías en fachadas y recubrimientos.



Mansión Charaima. Antes y después (1967). Urbanización Caribe, Caraballeda – La Guaira

Fuente: <https://www.instagram.com> Fotos de perfiles de @arquitecto_simongonzalo y de @arquitecturavzl;
<https://www.facebook.com> La Guaira en retrospectiva y Maiquetía y su pasado



Edificio Mijagual. Los Palos Grandes, Caracas 1967. Fuente: <https://www.researchgate.net/>

Sin embargo, la tensión de aquella noche del 29 de julio no comenzó con el crujir de la tierra, sino en la intimidad de la casa familiar. Mi madre Yolanda tenía en brazos a mi hermano mayor, Leonel José, nacido apenas en febrero de ese mismo año, quien esa noche ardía en fiebre. Mientras ella lidiaba con la angustia y el malestar del bebé, el esposo de mi mamá para aquel entonces, —padre de mi hermano—, se preparaba para salir. Había un gran baile con la icónica “Billo's Caracas Boys” en el antiguo y hoy extinto “Club Aerpostal”, ubicado en la Avenida Intercomunal de Macuto. La indignación de mi madre era inmensa; no podía concebir que él, ignorando por completo la enfermedad del niño, estuviera dispuesto a irse de fiesta. Llevada por la frustración y el enojo del momento, soltó una súplica al aire: -"Ojalá en este mismo instante suceda algo que le impida irse a la fiesta".

Pareció que la naturaleza misma hubiera escuchado su reclamo. En ese preciso instante, apenas las palabras abandonaron su boca, el suelo comenzó a rugir y a sacudirse con una violencia desmedida. Era el terremoto. El piso de la casa comenzó a ondularse bajo sus pies, moviéndose como si fuesen olas. Hoy sé que lo que mi familia experimentó físicamente en ese momento fue el paso implacable de las ondas “*Rayleigh*”, un tipo de onda sísmica superficial que viaja produciendo un movimiento elíptico en el suelo, literalmente rizando la tierra como la superficie del mar. Mi madre me contaba cómo, en medio de esa violenta sacudida, mi tío Edgar intentaba desesperadamente subir las escaleras, pero las ondas eran tan fuertes que lo empujaban y lo devolvían una y otra vez hacia la entrada, haciéndole imposible avanzar contra el oleaje de la tierra firme. Pasado el estremecimiento inicial y al comprender la magnitud de lo que estaba ocurriendo allá afuera, el miedo se transformó en una culpa silenciosa. Mi madre, al dimensionar el peso de sus palabras frente a la tragedia que envolvía a Caracas y al Litoral, sintió un profundo remordimiento y le pidió perdón a Dios con el corazón en la mano y se prometió a sí misma que

más nunca volvería a hablar de esa manera, ni a desear que el destino interviniera con tanta fuerza.

En medio de ese panorama desolador, donde el pánico amenazó con revivir los fantasmas del cerro “Los Comunistas”, el miedo a volver a perderlo todo inundó a mi familia. Pero la historia, esta vez, se escribió distinto. Ya establecidos en su casa, mis abuelos Raúl y Tomasa junto a mi madre Yolanda y sus hermanos vieron cómo las estructuras construidas por el “Banco Obrero” soportaron el embate sísmico. Por lo que, afortunadamente, su vivienda en el sector El Teleférico no se vio afectada en lo absoluto. Esa modesta pero firme estructura superó la prueba de las ondas superficiales, otorgándoles su primera gran victoria de permanencia. Fue la confirmación de que, tras haber sido despojados por el barro, los Padilla Ramírez habían echado raíces lo suficientemente fuertes como para soportar la fractura profunda de la tierra. Ese fue el legado de resistencia que me heredaron, la semilla de mi propio arraigo y el principio de mi historia.

Capítulo 2

El barro, el destierro y la brújula (1999)

Aquel legado de resistencia y arraigo que mis abuelos forjaron frente a las fuerzas de la naturaleza germinó en mí de una manera que tardaría años en comprender por completo. Crecí escuchando las historias de Punta de Mulatos y de las ondas que rizaron el suelo en el 67, asimilando como una certeza absoluta que vivir en La Guaira significaba amar una tierra que respira, ruge y, de vez en cuando, reclama su espacio. Sin embargo, los relatos de la familia eran solo el preludio. La verdadera prueba de fuego para mi propia generación, el evento que marcaría no solo mi historia personal sino mi destino profesional, aguardaba agazapado en las nubes inusualmente densas de diciembre de 1999.

Desde la perspectiva técnica que hoy me define, el evento de 1999, grabado en nuestra memoria colectiva como la “Tragedia de Vargas”, fue el peor desastre en la historia contemporánea de Venezuela hasta ese momento, un punto de quiebre que cambió para siempre el rostro del litoral central. Lo que desató la tragedia fue un sistema de lluvias excepcionales que, debido a la influencia de restos de frentes fríos en altura, se ancló implacablemente sobre nuestra costa. Esta condición atmosférica hizo que el fenómeno se estacionara sobre la vertiente norte de la Cordillera de la Costa, descargando volúmenes de agua que desafían la lógica. Los registros revelan una cifra escalofriante: cayeron aproximadamente 900 milímetros de precipitación por metro cuadrado en apenas 48 horas. Para dimensionar esta barbaridad hidrometeorológica, basta decir que llovió en dos días el equivalente a lo que debió haber llovido durante todo un año.

Esta carga hídrica monumental cayó sobre un terreno que ya no podía absorber una gota más, pues llevaba un mes entero recibiendo lluvias continuas. Los suelos, absolutamente saturados, superaron por completo su capacidad de carga y resistencia al corte. La montaña literalmente se licuó. Masivos aludes de lodo, rocas gigantescas y árboles enteros bajaron con furia hacia el Mar Caribe, desencadenando movimientos en masa de una escala aterradora a lo largo de toda la cordillera. Sectores enteros como Macuto, Caraballeda, Los Corales y la trágicamente célebre Carmen de Uria quedaron sepultados bajo el barro en cuestión de horas. Los ríos perdieron su cauce, transformándose en torrentes destructivos que desnudaron las laderas escarpadas, dejando enormes cicatrices de tierra viva rasgando el verde; esas marcas imborrables que los guaireños bautizamos tristemente como las «garras de tigre».

Las cifras de aquella devastación aún duelen por su imprecisión. Los balances de fallecidos y desaparecidos oscilan trágicamente según algunas fuentes, más de 6.000 víctimas, mientras que más de 75.000 personas perdieron sus hogares, viendo desaparecer a familias enteras y comunidades completas. Pero antes de comprender estas estadísticas brutales o de analizar mapas de riesgo, estuvo la vivencia pura: el agua incesante, el ruido sordo de la montaña viniéndose abajo y el instante preciso en el que debimos abandonar nuestro hogar. A diferencia de quienes lo perdieron todo, nosotros no fuimos damnificados esta vez. Nuestra casa quedó en pie y sobrevive estoicamente hasta el día de hoy, pero el nivel de destrucción a nuestro alrededor era tan bárbaro que nos arrebató el entorno. Fuimos desplazados, forzados a vivir en carne propia un destierro involuntario similar al de mis abuelos, sabiendo que pasaría un tiempo indefinido antes de nuestro regreso.



Tragedia de Vargas. Carmen de Uria (antes y después), Naiguatá – La Guaira (1999)
 Fuente: <https://www.instagram.com> Tomado del perfil @eslaguairaenfotos y @eljournaldedani

La antesala de la tragedia no fue un relámpago repentino, sino esa acumulación asfixiante de agua y luto de la que ya los suelos daban cuenta. Llevaba más de un mes lloviendo fuerte todos los días. Un mes de cielos rotos. Justo semanas antes, mi abuelo Raúl había fallecido y lo enterramos bajo un aguacero inclemente. Los primeros días de diciembre, mi hermana mayor, Marisol, se graduó, y todo su acto de grado se vio de alguna forma empañado por la humedad constante. Ese mismo fin de semana, antes del fatídico 15 de diciembre, la vida intentaba seguir su curso a pesar del clima: mi hermana Yomill (quien cargaba en brazos a mi sobrino Yomfrank, nacido apenas en septiembre) y yo habíamos subido a Caracas a buscar unos lentes en una óptica. Habíamos ido también con mi papá, Pedro, a comprar pinturas para arreglar la casa y colocar los adornos navideños. Yo trataba de mantener la normalidad de mis compromisos de estudio, pues recién en septiembre había ingresado a cursar el primer semestre de Geografía en la Universidad Central de Venezuela (UCV). Para entonces ya éramos cinco hermanos: Marisol, Leonel, Yomill, yo, y el menor, Pedro Antonio.

El 15 de diciembre amaneció anegado, en medio de la jornada electoral para aprobar la nueva constitución de la República. Ese día, la tragedia ya había empezado a cobrarse vidas: dos niñas, hijas de nuestro vecino Lowis, habían fallecido tapeadas, cuando su casa se vino abajo, en El Cojo, el sector vecino ubicado en la margen opuesta del río. El cauce presentaba una crecida inusual, y en todo el día la lluvia no dio tregua. Era demasiada agua para que la tierra pudiera soportarla. En la noche, el murmullo de la comunidad entera giraba en torno a la fuerza inmensa del río, que crecía con cada hora que pasaba.

Serían cerca de las once de la noche cuando en casa decidimos acostarnos. El calor era sofocante, así que me acosté vestida, pero sin franela. Recuerdo haberme dicho a mí misma: «Si hay que salir, la agarro rápido y me la pongo». A los pocos minutos, el silencio de la calle se rompió. Los vecinos empezaron a gritar: «¡El río se salió! ¡El río se salió!». Escuché claramente la voz de Damaris, la esposa de mi tío Félix, llamando a mis padres desde afuera, advirtiéndome que había que correr porque el cauce se había desbordado.

En un instante, todos en casa saltamos de las camas y corrimos hacia la calle. Pero ese segundo que tardé en tomar mi franela y ponérmela fue suficiente para que salieran de la casa, empujaran la puerta y me dejaran encerrada en medio de un repentino apagón. La oscuridad era total. El pánico me asaltó. Empecé a gritar desde adentro: «¡Papá, sácame de aquí! ¡Cómo se te ocurre dejarme encerrada! ¡Ábreme!». Al otro lado de la puerta, escuchaba a mi papá intentando meter la llave a oscuras, con las manos temblorosas. «Mi amor, no fue mi intención, pensé que todos ya habían salido», me decía angustiado. Como pudo, logró abrir.

Corrimos avenida arriba. Al cabo de un rato, la luz volvió brevemente y nos acercamos con un grupo grande de la comunidad hacia la margen del río para dimensionar el desastre. Lo que vi esa noche me persigue hasta el día de hoy: El Cojo, que solía ser un río pequeño y manejable, era un monstruo con una furia feroz, jamás vista y jamás contada. El cauce inmenso ya se había tragado las casas más aledañas. Al cabo de un rato, la luz se volvió a ir, esta vez para no volver. Fue una noche eterna.

En medio de la oscuridad y la zozobra, logré comunicarme por teléfono con mi tío Raúl. Él se había convertido en presbítero (sacerdote católico) y recién el 5 de diciembre le habían asignado la parroquia de Las Minas de Baruta, en Caracas. Cuando le conté lo que estaba pasando, su respuesta fue una mezcla de sabiduría empírica y profundo conocimiento del territorio en el que se crio: - «Milagros, cuando yo era niño ese río siempre pasaba por tal o cual sector. La casa nuestra está en un lugar relativamente seguro. Para mí, el sector que está en mayor peligro es el callejón Virgen del Valle, porque allí el río siempre golpeaba, hay una declinación particular. Traten de albergar a la mayor cantidad de gente posible, refugien a todo el que viva cerca de las márgenes, la casa está distante de ahí». Luego, se fueron las líneas telefónicas perdí comunicación con él, pues quedamos incomunicados por completo.

Mi tío tenía razón. Esa noche abrimos nuestras puertas y albergamos a mucha gente en casa. Y tal como lo predijo su memoria espacial, la montaña no perdonó: el río reventó por el callejón Virgen del Valle, desbordándose brutalmente hacia la avenida principal. Desde mi casa veíamos cómo colapsaban los muros de las viviendas ubicadas más abajo. Era una visión dantesca: neveras, lavadoras y todo tipo de enseres salían disparados, arrastrados por la inmensa furia del lodo.

El mediodía del 16 de diciembre parecía el atardecer; el cielo era de un gris denso y no paraba de llover. De pronto, un inmenso caudal de agua empezó a bajar por la avenida, más arriba de donde nos encontrábamos. Pensamos que el río se había vuelto a salir en otro punto. Los gritos de angustia y el llanto se apoderaron de todos, y corrimos aterrorizados hacia el último piso de la casa. Desde arriba comprobamos que no era el río; las paredes perimetrales de la cancha comunitaria, incapaces de soportar la presión del agua y el lodo acumulado, habían reventado,

liberando una avalancha súbita. A esa altura podíamos divisar hacia la zona del río olas de agua y lodo de hasta aproximadamente 15 metros de altura. Algo absolutamente impensable. Al bajar, encontré a mi tía Carmen Edilia de rodillas, implorando al cielo: «Piedad Señor, ten piedad y misericordia de nosotros. Piedad».

Las horas se volvieron tortuosas, alimentadas por rumores y noticias perturbadoras. Decían: «La Veguita de Macuto desapareció», «Camurí Chico desapareció». No teníamos forma de saber a ciencia cierta la magnitud de lo ocurrido. Esa noche del 16, la lluvia finalmente comenzó a mermar. Miré al cielo y, entre las nubes rotas, logré ver el primer lucero brillante. Era el aviso silencioso de que la tormenta empezaba a pasar.

A la mañana siguiente, el silencio era ensordecedor. Solo había desolación, entierro y caos. Todo estaba bajo un grueso manto de barro. Salí a caminar hacia Camurí Chico y, al llegar a la zona de El Playón, noté que el nivel del suelo estaba tan alterado que iba caminando por encima del muro de la Residencia Macuto Mar, una estructura que solía tener unos tres metros de altura. La topografía había sido completamente rellena por la montaña. Caminé un poco más, sintiéndome inmersa en un territorio en guerra. El temor me paralizó cuando intenté avanzar y mis piernas se hundieron en el lodo hasta las rodillas. Aterrada ante la posibilidad de ser tragada, logré salir y decidí devolverme.

Al llegar a casa, me encontré con mi papá Pedro. Él acababa de regresar de caminar hacia el otro lado, rumbo a La Guaira. Había visto la cara más cruel de la destrucción y había dimensionado la inmensa cantidad de fallecidos. Lo encontré recostado contra una pared, llorando desconsoladamente. Estaba abatido.



Tragedia de Vargas. Urbanización Los Corales, Caraballeda (1999)

Fuente: <https://www.eluniversal.com/venezuela/170985/tragedia-de-vargas-el-desastre-que-estremecio-a-venezuela-hace-24-anos>

El cielo de La Guaira se llenó del sonido de los helicópteros de rescate, pero no fue sino hasta el 19 de diciembre que las mujeres y los niños de mi familia pudimos salir. Mi hermana Yomill fue una de las primeras en ser evacuada en un helicóptero particular que prestaba apoyo, por tener a Yomfrank de brazos; ella nos esperaría en el aeropuerto. Mientras tanto, mi papá y mi hermano Leonel se ataron una cinta roja en el brazo y se sumaron como voluntarios para ayudar a montar a la gente en las aeronaves. Tras una larga cola bajo el polvo que levantaban las hélices, cerca de las seis de la tarde, nos tocó nuestro turno en un helicóptero “Súper Puma” del Ejército. Era el último vuelo del día.

Abrazar a mi hermano y a mi papá en ese helipunto fue desgarrador; sentí que la mitad de mí se quedaba allí con ellos en medio de las ruinas. Llorando, me monté en el helicóptero. Era la primera vez en mi vida que volaba. Desde el aire, pude asimilar verdaderamente la magnitud del desastre; el litoral estaba herido de muerte. Los hombres de la familia se quedaron, y mi hermana mayor, Marisol, decidió quedarse con ellos cuidando nuestras casas, que milagrosamente habían quedado intactas en el medio de una isla de devastación. Nosotras nos llevamos a su hija, Greisysmar, de apenas nueve años.

Aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía, nos reencontramos con Yomill y su bebé, y nos embarcaron en un autobús con destino al Aeropuerto de La Carlota en Caracas. Pero ese no era nuestro destino final. A mitad de camino, a la altura de Plaza Venezuela, le pedimos al conductor que nos dejara bajar. Sucias, desaliñadas y cubiertas de lodo seco de pies a cabeza, entramos a la estación del Metro de Caracas. Las miradas de los transeúntes nos atravesaban; nos observaban con una mezcla de sorpresa, incompreensión y repudio. Veníamos de estar un día entero aguantando el polvo en el helipunto de El Teleférico, llevando encima la marca visible de la tragedia.

De pronto, mi prima Leonor, agotada y hastiada de ser escrutada, no aguantó más y alzó la voz en pleno andén:

—¿Y a ustedes qué les pasa? ¿Nunca han visto a nadie lleno de tierra? Venimos de vivir las horas más horribles de nuestras vidas, ¡tengan un poco de empatía!

Sus palabras resonaron con tanta fuerza y dolor que la gente bajó la mirada, avergonzada de su propio juicio.

Nos desembarcamos en la estación Chacaíto y tomamos un autobús hacia Las Minas de Baruta. Al llegar a la casa parroquial, mi tío Raúl nos esperaba con los brazos abiertos junto a Antonio, un hermano que me regaló la vida, para darnos cobijo. Ese fue nuestro hogar durante un año entero, el refugio seguro mientras La Guaira intentaba recomponerse, abrir vías y remover millones de toneladas de lodo.



Iglesia Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Las Minas de Baruta, Caracas (la que fue nuestro hogar durante un año). Fuente: <https://arquidiocesiscaracas.com>

Fue un año durísimo. Mi mamá, profundamente afectada por el impacto emocional, sufrió crisis hipertensivas severas que quebrantaron su salud. Tuvimos que recomponer la vida a retazos: a los niños (mi prima Elimar que aún estaba en el liceo, mi primo Elías y mi sobrina Greisysmar) los inscribieron en colegios cercanos; a mi hermana Yomill la reubicaron en su trabajo en la capital; y mi prima Leonor y yo empezamos a construir una nueva rutina hacia la universidad.

Éramos un batallón de desplazados. En ese grupo estábamos mi abuela Tomasa, mi mamá, mi tía Carmen Edilia con Elimar y Elías, mi tía Carmen del Valle, mi tía Damaris, mi cuñada Annabel —la esposa de mi hermano Leonel en ese entonces— junto a sus niños Doriana, Paola y Leonel Alberto. Estaban también mi hermana Yomill y su bebé, a quienes poco después se les uniría su esposo. Días más tarde llegarían mis primos adolescentes Edgar, José, Carlos Alberto, Leonardo y Daniel, quienes habían salido de La Guaira caminando porque, al no ser mujeres ni niños pequeños, no entraban en la prioridad de rescate aéreo.

Bajo el techo de la casa parroquial, que en realidad era el sótano de la iglesia, el legado de resiliencia de mi familia volvió a manifestarse. Mi vocación como geógrafa, que apenas despuntaba antes de que cayera la primera gota —pues era una estudiante novata de apenas primer semestre, sin los elementos técnicos para dimensionar lo que mis ojos habían visto, encontró en ese destierro su verdadero anclaje. A medida que me fui adentrando en la carrera, fui comprendiendo científicamente, capa a capa, la dinámica geomorfológica que había arrasado mi terruño.

Ese conocimiento forjó en mí una necesidad ineludible de aportar a mi tierra. Tuve el privilegio de contar con mentores excepcionales durante mi formación y mi temprana vida profesional: el profesor Mario Gabaldón López, mi tutor el profesor Vidal Sáez, y los ingenieros Sergio Rodríguez Adam y Jonathan Ochoa. De su mano, comencé a ejercer la carrera incluso siendo aún tesista, materializando mi aporte profesional en mi investigación de grado: "Movimientos en masa y ocupación del territorio. Caso: Cuenca del río San José de Galipán, Macuto". Un trabajo desarrollado junto a mi compañera Carmen Berroterán, que no solo nos valió una calificación sobresaliente con mención honorífica, sino que se convirtió en mi primera respuesta técnica, profunda y documentada, a la montaña que nos obligó a partir.

Aquel diciembre del 99, Venezuela entera entendió, a un costo incalculable, que la prevención ante los fenómenos naturales debía convertirse en una prioridad inexcusable. Para mí, esa lección no solo cambió el rostro del litoral; se convirtió en mi proyecto de vida. Comprendí entonces que no bastaba con sobrevivir a la geografía; era necesario descifrarla para garantizar que nuestro derecho al arraigo en La Guaira dejara de pagarse cobrandose vidas y con el destierro.

Capítulo 3

Cuando la tierra volvió a crujir (El doblete sísmico de junio 2026)

Al poco tiempo de la partida de mis padres, sentí que era el momento de alzar el vuelo. Me mudé a la urbanización Caribe, en la parroquia Caraballeda, al piso 3 de Residencias La Gaviota. Ese espacio de paredes blancas se convirtió en mi santuario. Allí me independicé, viví en soledad mi confinamiento durante la pandemia, junto a Raúl Daniel mi sobrino adolescente en ese momento aún era un infante (“el hijo que mi hermana me parió”), forjé nuevas amistades y construí un entorno que me llenaba de paz. Fue en ese mismo refugio donde, hace cinco años y medio, comencé mi vida de casada con José Félix, sumando a nuestro hogar a Brandy y Café, nuestras dos mascotas, a quienes consideramos miembros de nuestra familia. Aunque conservaba mi espacio a medio construir en la casa materna de El Teleférico —aquel bastión de mis padres y mis abuelos—, mi vida, mi seguridad y mis rutinas estaban ancladas en La Gaviota. Esa era mi fortaleza, mi lugar seguro, mi refugio.

La mañana del 24 de junio de 2026 amaneció nublada y lluviosa. Como era día feriado, José Félix y yo nos levantamos tarde, dudando si mantener nuestra tradición de ir a las festividades de San Juan Bautista en Naiguatá. La lluvia nos tenía perezosos. Intercambié mensajes con mi hermana Yomill y con mi prima Elimar, quien había manifestado querer unírseles, pero al final no parecía muy animada. Luego hablé con mi prima Leonor, con quien la vida me volvió sumamente cercana; ella vivía a escasos metros de mi edificio, en la Torre G del complejo habitacional Gran Misión Vivienda (OPPP26). Leonor, su hija quinceañera Bianca Isabella y su perrita Mía Anthonella eran parte de mi cotidianidad, desde las bailoterapias en la plaza hasta los cafés por las tardes, en Le Notré, en La Masió o en la Bollyhoo. Esa mañana, Leonor me dijo que lavaría ropa y luego iría en la tarde a un servicio en la iglesia, en Maiquetía.

Cerca del mediodía, el cielo nos dio una tregua y un rayo de sol nos empujó a salir. Me vestí de rojo para honrar a San Juan, me puse un sombrero, pasamos comprando nuestra sangría favorita en la licorería de Claudio y dejamos a Brandy y a Café descansando en casa. En la plaza de Naiguatá nos fundimos en la celebración. Allí estaban los amigos de siempre en el toldo de la sopa de Maribel; estaban Bhetzaida, Oswaldo, Wladi, Crismar y su niña, Edward, Nayi y su niña, entre otros, Del otro lado de la plaza estaba mi sangre: mis hermanos Leonel y Marisol, mis sobrinas Greisysmar con el pequeño Santi, Rulmary con su novio Gustavo, la prima Fiorela, Jessica, Valeria y César, además de algunos vecinos de toda la vida de El Teleférico, en los alrededores. La tarde transcurrió entre tambores, abrazos y la devoción vibrante del litoral.

Fue a las 6:04 de la tarde, justo cuando José Félix se había alejado para despedirse de los amigos y nos preparábamos para el retorno, el piso bajo mis pies dejó de ser sólido.

No fue un temblor; fue un rugido subterráneo. Escuché a mi hermana decir "está temblando", y en un segundo la sacudida se volvió de una violencia inmanejable. Nos agarramos unos a otros formando una cadeneta humana en círculo para no caer. Greisysmar, que sostenía a Santi, casi pierde el equilibrio, pero mi hermano lanzó el brazo, los agarró con fuerza y los metió en el centro de nuestro escudo humano. Mientras la tierra crujía y todo a nuestro alrededor se estremecía, cerré los ojos y oré con desesperación: «Señor, que pare esto ya, por favor, que esto

pase rápido y pare». Los gritos de pánico inundaron la plaza. A los pocos minutos, José Félix regresó abriéndose paso entre la multitud; lo había agarrado el sismo al otro lado de la plaza y solo atinó a decirme: «La cúpula y el Cristo se movían tanto que pensé que se iban a caer».

Emprendimos el trayecto de regreso, subimos al jeep con Greisysmar, Santi y Rulmary, mientras mis hermanos y el resto intentaban salir caminando o buscando otras vías. Tardamos aproximadamente una hora en salir de Naiguatá en medio de una congestión vial, lo que hizo que el viaje pareciera interminable. Vimos muros perimetrales caídos y grietas en el pavimento, pero no dimensionábamos lo que nos aguardaba. Dos horas después, al lograr entrar a Tanaguarena, la realidad nos golpeó en la cara: la pared perimetral del club estaba en el suelo, y un poco más allá, divisé el primer edificio completamente volcado (esta imagen no la podré borrar de mi mente jamás).

A partir de ahí, lo que empezamos a ver fue realmente terrorífico y ya la oscuridad se había tragado el paisaje. No había luz eléctrica ni señal telefónica, nos habíamos quedado completamente incomunicados, solo se divisaba el perfil de las ruinas recortándose contra la noche. El edificio frontal de la OPPP25 estaba destruido, pero en pie, era lo que alcanzábamos a ver. El tráfico estaba aún muy colapsado, así que José Félix tomó un camino alternativo por detrás de la iglesia bordeando el Hoyo 9 de los campos de golf. Mientras avanzábamos entre escombros, una angustia insoportable me oprimió el pecho: ¿Estaría mi edificio en pie? ¿Qué habría pasado con mi Brandy y mi Café? Y oraba profundamente a Dios. Mis sobrinas me decían: - «Titi tranquila, calma...»

Al llegar a nuestra calle, vi a La Gaviota en pie. Respiré. Sin dudar, entramos a oscuras, esquivando grietas y bloques reventados hasta llegar al piso 3, pero las puertas se habían desnivelados y estaban trabadas. Desde adentro, escuchaba los ladridos desesperados de Brandy y el llanto agudo de Café. Forcejamos, pero fue inútil. José Félix, con la voz quebrada pero firme, me dijo: «Milagros, no tenemos luz ni herramientas. Vamos a bajar a las OPPP26 para buscar a Leonor. Mañana, con la luz del día, venimos a rescatarlos». Con el corazón partido en dos, dejando a mis mascotas llorando al otro lado de la puerta, le hice caso, pues tenía razón.

Dejamos el jeep y comenzamos a caminar hacia las torres de la Misión Vivienda. Lo que mis ojos captaron en ese trayecto son imágenes que jamás podré borrar de mis recuerdos. El edificio vecino Caraballeda II había colapsado; el Patricia Mar estaba partido literalmente por la mitad; el Karina había colapsado y le había caído encima al Gaby, fracturándolo en dos; el Mediterráneo, el Albatros, el Country Mar II, el Carballeda Suites y el Le Club yacían en ruinas.



Residencia Le Club, tras el doblete sísmico. Zona cero. Urbanización Caribe, Caraballeda – La Guaira. (2026) Fuente: <https://www.bloomberglinea.com/>



Vista aérea, edificios de la OP PP 26, OP PP 27, y Residencias Caribe, tras el doblete sísmico. Zona cero. Urbanización Caribe, Caraballeda – La Guaira. Fuente: Google Earth (2026)

Pero al llegar a la bomba de Tanaguarena, el paisaje era apocalíptico. La mayoría de las torres de las OP PP simplemente ya no existían. Se habían borrado del mapa. El aire era espeso, asfixiante por el polvo de los bloques pulverizados, e iluminado intermitentemente por los incendios que brotaban sobre las ruinas. La gente corría, gritaba nombres al vacío. José Félix se

adentró en los escombros buscando rastros de mi prima Leonor y de su hija Bianca. Nosotros nos quedamos en la bomba, tratando de calmar el llanto del pequeño Santi, mientras a nuestro alrededor todo parecía una pesadilla, un mal sueño del que no podíamos despertar. En medio de la isla de la avenida, vimos a una joven sentada, sosteniendo la mano de su madre fallecida, y vimos varios cadáveres alrededor. También vimos el saqueo desesperado en la panadería Le Notré. El instinto de supervivencia era absoluto; un muchacho que salía del local me regaló amablemente una botella de agua que empezamos a dosificar como un tesoro.

En medio de ese abismo, encontramos a un vecino proveniente de El Teleférico, al que conocemos como Cariaco, quien venía buscando a su familia que vivía en las OPPP. Nos trajo una única noticia que nos devolvió el aliento: en El Teleférico, en la vieja casa materna, no había pasado nada. Toda la familia que estaba allí se encontraba a salvo. Sin embargo, los gritos hacia los campos de golf buscando a Leonor y a Bianca se perdían en la noche sin respuesta. Mis sobrinas junto a Santi y los amigos que nos acompañaban (Valeria y César), tomaron la decisión de irse caminando para tratar de llegar a El Teleférico, José Félix y yo nos quedamos, pues todavía teníamos asignaturas pendientes en el sector.

Esa madrugada nos refugiamos en "La Morada", una casa que sirve de base a un movimiento de mujeres, un colectivo aliado nuestro y que había resistido el impacto, convirtiéndose en refugio de los habitantes del edificio Ávila Caribe. Horas antes habíamos intentado llegar a "La Casita", la sede de nuestra Fundación y de nuestra amada Radio Voces 101.5 FM, solo para encontrarla reducida a escombros. Afuera, entre las ruinas de lo que fue nuestro centro de operaciones comunicacional, estaba nuestra compañera Marbella quien vivía permanentemente en dicha casa, acampando con sus tres perritas (Dana, Nieve y Esperanza), afortunadamente estaban a salvo. Nos abrazamos llorando, rodeados por la inercia de la muerte. Luego, nos devolvimos a La Morada donde nos refugiamos, esa noche no pude cerrar los ojos. Iba al baño constantemente, presa de ataques de llanto, ansiedad y angustia, reviviendo como una película el colapso de cada edificio: el Costa Brava, el Carabamar, el Ping High, Los Arrayanes, entre otros; pensando en todos los amigos que vivían allí. A esa noche solo puedo definirla con una palabra: "El Horror".

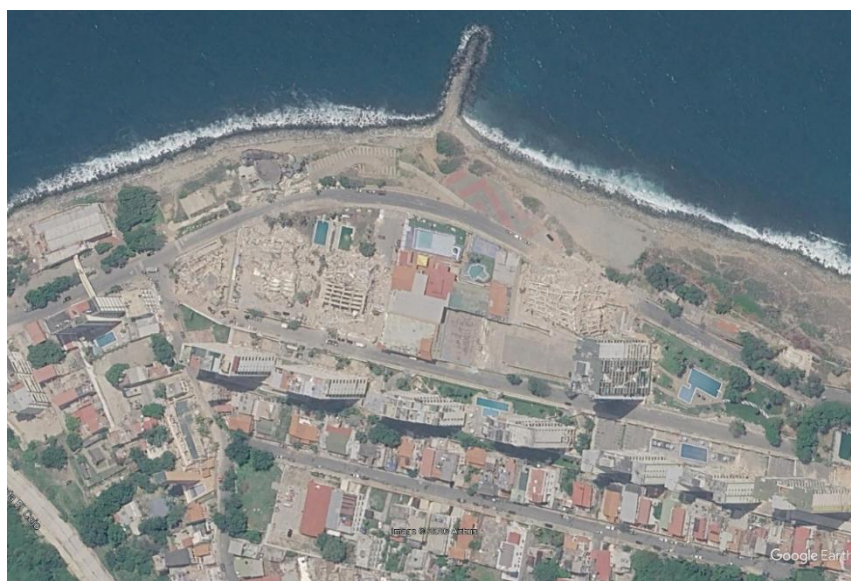
Al despuntar el sol, con las herramientas que nos facilitó Efraín, regresamos a La Gaviota. Con la luz del día vimos algunas columnas seriamente comprometidas y paredes en el salón de fiesta en planta baja caídas, pero logramos nuevamente llegar al piso 3 y forzar la puerta del apartamento. Brandy salió corriendo a nuestro encuentro; Café estaba petrificado, en shock profundo, escondido en mi cama. Agradecí a Dios con el alma. Tomé nuestra documentación más importante, a mis perros, y abandoné el que había sido mi refugio y mi lugar seguro durante ocho años. Las grietas y el daño estructural habían sentenciado mi hogar; con un nudo en la garganta asimilé la cruda realidad de que había perdido mi casa.

Los días siguientes fueron un ejercicio de supervivencia y luto continuo, donde llorábamos cada muerte, pero donde también celebrábamos cada vida. Nos quedamos a cargo de La Morada mientras Efraín y Joselmy fueron a buscar insumos. Mis cuñados (José Ángel y José Alejandro), los hermanos de José Félix, lograron traer una antena satelital portátil con la que pude enviar cientos de mensajes idénticos y desesperados: «Estamos vivos», quienes además nos ayudaron a rescatar los equipos que se pudieron de la radio. Esa misma noche, en medio del terror

constante, se desató una falsa alarma de tsunami. La gente corría despavorida hacia las zonas altas. En medio de esa estampida absurda, vi a Damiré, una amiga de la iglesia. Traté de consolarla diciéndole que al menos estábamos vivas, pero su respuesta me heló la sangre: - «No, Milagros. Aún tengo a mis hijos tapiados allá abajo, en el Perlamar». Ella corrió hacia la montaña junto a su esposo Heriberto, empujada por el pánico ciego de “el caos en el caos”.

Finalmente, al otro día pudimos emprender el camino hacia El Teleférico, pero esta vez no sólo era un reencuentro familiar; era un retorno forzado. La historia se repetía con una simetría macabra: el nivel de devastación me había convertido en desplazada nuevamente. Me vi obligada a retornar a mi casa materna, aquel bastión de mis padres y de mis abuelos que, al igual que en 1967 y en 1999, se mantenía en pie y volvía a ser irónicamente mi único refugio seguro.

Al llegar, el reencuentro con mi familia fue un desahogo de lágrimas y abrazos apretados, entre ellos mi amado Raúl Daniel a quien la ansiedad lo había atrapado días antes porque no había visto a su Titi (o sea yo), nos abrazamos profundamente. Y al voltear, estaban frente a mí, Leonor y Bianca. Estaban vivas. No habían estado en su edificio al momento del sismo. El alivio fue inmenso. (lamentablemente no fue la misma suerte para su mascota Mía). Con el paso de los días la lista de ausencias comenzó a tomar forma. El mensaje de mi amigo Luby desde Argentina fue un presagio brutal: «Ya tengo a una (refiriéndose a mí), me falta Uva». Uva era nuestra amiga en común: Leyrubi, habitante del edificio Punta Brisas en las 15 Letras. Su edificio había colapsado. La lista se extendió como un manto fúnebre sobre La Guaira: Anita, Ernesto, Marco Vinicio y su familia, Alejandrino, Gloria de Jesús, Leyrubi y su hijo Sebas, Sabrina, Yadira (la gran amiga de mi madre) junto a su hija y su nieta, los hijos de Damiré, las hijas de Yeti, los hijos de Maryeri y su esposo (incluyendo a nuestra querida Christi), Roberto y su esposa Mariela, la familia de Renssy, Robert y su familia, incluyendo a su Madre Odalys, Magdalena y Augusto, y tantos más.



*Vista aérea, sector Punta Brisas, tras el doblete sísmico. Zona cero.
Urbanización Las 15 Letras, Macuto– La Guaira.
Fuente: Google Earth (2026)*

Como geógrafa, me tocó procesar científicamente lo que mi corazón no podía asimilar. El nivel de destrucción aniquiló nuestra cotidianidad en segundos porque no sufrimos un terremoto sino dos, pues aquello había sido a lo que se le denominó un “doblete sísmico”. Desde el análisis tectónico, este devastador fenómeno respondió a una falla de deslizamiento superficial producida por el choque y la interacción de las placas del Caribe y la Suramericana. La pesadilla comenzó a las 18:04 horas con un sismo precursor de magnitud 7,2 Mw, originado a tan solo 10 kilómetros de profundidad en el extremo noreste de la falla de Boconó, a unos 20 km al este de San Felipe, en Yaracuy. Lejos de disiparse en réplicas menores, la inmensa energía liberada viajó por la corteza terrestre incrementando la presión del sistema hasta que, apenas 39 segundos después, activó de manera fulminante el extremo occidental de la falla de San Sebastián, detonando un sismo principal aún mayor, de magnitud 7,5 Mw, frente a las costas de Catia La Mar.

Dos rupturas telúricas casi simultáneas se cruzaron, elevando exponencialmente el poder destructivo y la aceleración del suelo. Este efecto multiplicador del daño fue letal: el temblor de 7,2 Mw., fracturó y debilitó los cimientos estructurales de toda la región costera, permitiendo que la violenta ruptura de 7,5 Mw., que impactó menos de un minuto después derribara edificaciones ya comprometidas. Sin embargo, a esta vulnerabilidad inducida por las fallas se sumó un agravante devastador en nuestra topografía: lo que en sismología se conoce como “efecto de sitio”.

Las condiciones geológicas del litoral central dictaron la sentencia de gran parte de la infraestructura. Cuando las ondas sísmicas viajan desde la profundidad a través de la roca dura, se mueven rápido y con amplitud normal; pero al llegar a la superficie y toparse con suelos blandos, sueltos y sedimentarios —como los espesos conos de deyección formados históricamente por la desembocadura de nuestros ríos—, las ondas chocan y pierden velocidad drásticamente. Para poder conservar su energía, las ondas aumentan su amplitud. El suelo blando actúa entonces como una gelatina, rebotando y amplificando con violencia la fuerza del sismo.

Este fenómeno explica científicamente por qué la destrucción fue tan selectiva y focalizada. Las estructuras fundadas sobre terrenos más rocosos o consolidados lograron resistir en pie; en cambio, las inmensas torres habitacionales de la Gran Misión Vivienda Venezuela, como las OPPP en Tanaguarena y Caribe, así como muchos edificios aledaños, colapsaron. Estaban asentados sobre capas profundas de sedimentos sueltos que, además de amplificar las ondas sísmicas, sufrieron un letal “efecto de licuación”. Al recibir la prolongada sacudida del doblete, estos suelos poco consolidados perdieron súbitamente su cohesión, comportándose como un fluido espeso, incapaz de sostener el peso de toneladas de concreto. La tierra, literalmente, se los tragó o los dejó sin sustento hasta hacerlos caer como castillos de naipes.

Y el temor no terminaba en la ciudad. Al alzar la vista hacia la imponente Cordillera de la Costa, pude visualizar que la liberación de energía había sido tan monstruosa que la vibración telúrica arrancó de raíz la densa cobertura vegetal de las laderas. Las montañas volvían a mostrar esas enormes cicatrices desnudas, las infames «garras de tigre». Solo que esta vez no las había dibujado el agua del 99, sino las ondas sísmicas del 2026. Esas cárcavas de tierra viva dejaron activados letales movimientos en masa; una autopista libre de riesgo latente aguardando a que la primera lluvia fuerte arrastre todo ese sedimento suelto hacia las zonas bajas.

La tierra había vuelto a crujir y nos había arrebatado todo nuevamente. A casi tres meses de aquel 24 de junio, aún se recuperaban cuerpos, aún se removían escombros y las cifras oficiales no lograban abarcar la magnitud total de nuestra pérdida. Los balances para agosto confirmaban la aterradora cifra de 6.125 personas fallecidas y miles de desaparecidos atrapados bajo las estructuras colapsadas. El estado La Guaira, epicentro de esta devastación, quedó convertido en un escenario de ruinas donde se proyectaba la remoción de más de 2 millones de toneladas de escombros, una labor titánica de la cual apenas se habían logrado recolectar unas 792.000 toneladas.



“La Casita” – Sede de nuestra Radio Voces 101. 5 FM, tras el doblete sísmico, Zona cero. Urbanización Los Corales – Caraballeda. La Guaira. Fuente: Memoria fotográfica propia (2026).

Semejante paisaje de aniquilación amenazaba con condenarnos al silencio absoluto. Asimilar que el esfuerzo de tantos años y la vida de nuestra gente yacían bajo el polvo era una realidad paralizante. Pero fue precisamente allí, en medio de esa mudez impuesta por la tragedia, donde la indomable resiliencia del guaireño despertó. Negándonos a que el luto apagara nuestra voz, canalizamos el dolor hacia la acción. Movidos por la urgencia de reconectar a nuestra comunidad, mis cuñados como ya lo expresé anteriormente, junto a José Félix, se internaron entre las ruinas retorcidas de nuestra propia zona cero y lograron rescatar parte de los equipos de la radio de entre los restos de La Casita. Con una antena satelital donada y con el dolor a flor de piel, volvimos a encender los micrófonos de Voces 101.5 FM. Comenzamos a transmitir vía streaming y por nuestras redes sociales, desde las entrañas del desastre, porque, aunque nuestros refugios físicos se hubieran caído a pedazos, nuestra voz y nuestro derecho innegable a existir en este territorio seguían de pie.

Capítulo 4

El estigma del forastero y el arraigo guaireño

Cuando el polvo de los escombros comienza a asentarse y el eco de las sirenas se desvanece, surge un ruido distinto. No viene de las entrañas de la tierra, sino de la incompreensión de quienes nos observan desde la comodidad de la distancia. A través de las pantallas, desde la aparente seguridad de un valle o más allá de las fronteras, la mirada del forastero se posa sobre nuestras ruinas y dispara frases que duelen tanto como el colapso mismo. Nos han tildado inclusive de locos. Nos exigen con ligereza: «¡Sálganse de ahí! ¿Por qué siguen construyendo ahí?». Es un escrutinio cargado de juicio implícito, un estigma que reduce nuestra resistencia a simple terquedad y nos etiqueta, injustamente, como ignorantes que insisten en desafiar a la naturaleza e inclusive a la muerte.

Esa mirada externa ignora por completo la complejidad del alma humana y las dinámicas profundas que nos atan a un lugar. El guaireño dice que no se va, y no lo dice desde la ceguera o la obstinación, sino desde un amor profundo, ancestral y visceral por su territorio. Para nosotros, este estrecho margen de tierra entre el Mar Caribe y la cordillera no es un simple conjunto de coordenadas en un mapa de riesgos; es una extensión de nuestro propio cuerpo. Es el salitre impregnado en la piel, es la brisa densa que baja del cerro cada tarde, es el escenario donde hemos vivido, donde hemos amado, donde hemos enterrado a nuestros muertos y donde el repique del tambor nos ha marcado el pulso. Cuando el forastero nos dice «váyanse», nos está pidiendo, literalmente, que nos arranquemos el alma.

Quienes fuimos desplazados por el barro en 1999 conocimos de primera mano la asfixia que produce el desarraigo. Experimentamos en carne propia la inadaptabilidad profunda en zonas no costeras; comprobamos que el guaireño, lejos de su mar y de su montaña, se marchita. Nuestra brújula vital necesita el horizonte azul al frente y el imponente verde a nuestras espaldas. Por eso, después de la tragedia del 99, volvimos para recuperar nuestras calles. Y por eso, hoy, frente a la devastación de este doblete sísmico, el guaireño se planta firme sobre los escombros y repite: no me voy.

Desde la Geografía Urbana, esta conexión tiene un nombre, una justificación científica y un peso innegable. Un espacio físico se transforma en territorio únicamente cuando es habitado, significado y dotado de valor por las personas. El arraigo no es un capricho ciego, es el más puro “sentimiento de identidad y pertenencia”, una fuerza vital que los geógrafos humanistas llaman topofilia: el lazo afectivo inquebrantable entre las personas y su entorno. Arrancar a una población de su geografía por la fuerza de un desastre y exigirle que no mire atrás, es condenarla a un segundo desastre, uno emocional y cultural, a veces más destructivo que el propio fenómeno natural. El derecho al arraigo es tan fundamental como el derecho a la vida, porque es precisamente esa pertenencia la que nos otorga los motivos para levantarnos.

Como geógrafa, especialista en análisis espacial y gestión del territorio, comprendo perfectamente de dónde nace la profunda indignación que me provoca ese estigma. La ciencia me ha enseñado a mirar mucho más allá del “determinismo geográfico” que nos condena a simple vista. El problema real, la verdadera semilla de nuestras tragedias, no es la existencia de

la montaña escarpada, la bravura de los ríos o las fallas tectónicas bajo nuestros pies. La amenaza es natural, sí, pero el desastre es socialmente construido.

La tragedia histórica del guaireño radica en un modelo de ocupación del espacio caracterizado por la falta de planificación, el cortoplacismo y el no cumplimiento de políticas de Estado que garanticen un hábitat verdaderamente seguro. Durante décadas, se permitió construir sobre los conos de deyección y sobre terrenos inestables, cediendo a la improvisación urbana y obviando por completo los criterios técnicos adecuados.

Culpar a la geografía o revictimizar a los habitantes por negarse a abandonar su tierra es la salida fácil, el discurso de quienes no quieren asumir la responsabilidad histórica de haber construido de espaldas a la dinámica de la naturaleza. Decirle al guaireño que su estado no se puede reconstruir, que su única opción es la huida, es una crueldad indudable y totalmente fuera de lugar. Nosotros no nos quedamos por locura ni por ignorancia; nos quedamos porque entendemos que la solución no es el éxodo masivo ni abandonar nuestra tierra como si se tratara de una madre enferma a la que se deja a su suerte en su lecho de dolor.

En lugar de sentenciarnos al destierro con el estigma del forastero, digámosle al guaireño que su tierra puede reconstruirse mejor. Y, sobre todo, entendamos que esa reconstrucción debe hacerse con nosotros, con el Guaireño, respetando su conocimiento empírico del entorno y su amor profundo por este territorio. La verdadera respuesta es que el problema jamás ha sido el espacio que amamos, sino cómo lo hemos ocupado. El guaireño dice que no se va, porque sabe que merece habitar su territorio vital con dignidad, aprendiendo a convivir con el riesgo y transformando la vulnerabilidad histórica en una resiliencia planificada, definitiva y nuestra.

Capítulo 5

Reconstruir el terruño: La ciencia y la experiencia unidas

La historia de La Guaira nos ha enseñado que el agua y la tierra siempre reclaman su cauce y su equilibrio, pero también nos ha demostrado que el espíritu de su gente es inquebrantable. Reconstruir nuestro terruño no puede ser, bajo ninguna circunstancia, un intento soberbio de dominar a la naturaleza, ni mucho menos una repetición negligente de los errores que nos llevaron a la vulnerabilidad. Hoy, el análisis espacial, la Geografía Urbana y la gestión del territorio nos ofrecen las herramientas exactas para firmar un nuevo pacto de convivencia con nuestra geografía.

El primer paso para este nuevo amanecer es trazar el mapa de lo posible. A través del modelado ambiental y los Sistemas de Información Geográfica (SIG), podemos rediseñar la ocupación del litoral respetando su dinámica. Sabemos que vivimos sobre un sistema tectónico activo y al pie de cuencas vertiginosas que desembocan en espesos conos de deyección sedimentarios. Desde la ciencia, estas no son sentencias de muerte, son variables en una ecuación. Con estrictos criterios de ingeniería sismorresistente, obras de mitigación hidráulica, estudios de suelos, y la elaboración de una microzonificación integral multiamenazas, podemos convivir con el riesgo. La resiliencia planificada significa construir entendiendo exactamente dónde el suelo amplificará una onda sísmica y dónde el agua buscará su salida natural, adaptando nuestra arquitectura a esa realidad insoslayable.

Esta adaptación exige dejar de ver a La Guaira como una franja de riesgo homogénea. Cada cuenca, desde Puerto Maya al oeste hasta Chuspa al este, posee un pulso propio. La microzonificación integral multiamenazas que propongo no debe ser un simple mapa de colores archivado en una oficina gubernamental o en una biblioteca; debe ser un instrumento vivo, alimentado por el monitoreo continuo de las laderas y las fallas. Significa entender que el mismo cono de deyección que hoy pisamos puede ser habitado si se interviene aguas arriba, terrazas disipadoras de energía, oportunos estudios de suelo, técnicas constructivas ingenieriles adecuadas y canales de alivio que respeten los cauces históricos.

Sin embargo, la teoría académica resulta estéril si no se materializa en hechos. La prueba tangible de que esta convivencia segura es posible la estamos forjando en la propia "zona cero" de Caraballeda, con el proyecto de reconstrucción integral de nuestro complejo sociocultural y comunicacional: La Casita – Voces 101.5 FM. Tras el colapso que nos arrebató equipos, refugios y vidas invaluable como la de nuestra querida Anita, decidimos que nuestro retorno no sería un parche sobre las ruinas, sino un modelo vivo de resiliencia frente a futuros desastres.

El diseño arquitectónico de la nueva sede, que hemos estado pensando y diseñando cimentado sobre pórticos modulares de acero estructural y losas aligeradas, está concebido para disipar la energía de un doblete sísmico sin colapsar. Con criterios bioclimáticos de ventilación cruzada y un techo preparado para un sistema de respaldo energético fotovoltaico garantizan que, incluso ante el peor colapso de los servicios públicos, nuestros micrófonos no se apaguen y nuestra comunidad no vuelva a quedar incomunicada en medio de la oscuridad. Pero La Casita es mucho más que eso; es la demostración palmaria de que un espacio seguro protege la identidad. Al

integrar bajo un mismo techo sismorresistente a la emisora, el módulo de salud, el centro de fisioterapia comunitaria en alianza universitaria, la academia de danzas comunitaria y la escuela de percusión, así como los talleres de oficios, estamos demostrando que el ordenamiento territorial con visión social es la única llave para dignificar el hábitat guaireño.

Este modelo no está diseñado para ser una isla de seguridad en medio de la vulnerabilidad, sino una semilla. Si logramos levantar este complejo bajo estos estrictos parámetros, estaremos trazando un estándar replicable para las escuelas, los ambulatorios y los centros comunitarios de todo el estado. La resiliencia no puede ser un privilegio; debe convertirse en la norma constructiva inquebrantable y en la principal exigencia ciudadana al momento de concebir nuestro espacio público.

Todo este andamiaje técnico, estructural y académico fracasaría irremediablemente si ignoramos el factor más importante de la ecuación: la mística popular. No puede existir, ni permitiremos que exista, un divorcio entre los planificadores del Estado y las comunidades. Como geógrafa, afirmo categóricamente que ningún mapa satelital ni modelo matemático de vanguardia supera la experiencia vital de quien ha vivido y pateado el territorio en su cotidianidad. Es el vecino de Naiguatá, Catia La Mar, Carayaca, Galipán, Caraballeda, Maiquetía o Macuto quien sabe exactamente cómo cambia el sonido del río antes de una crecida; es el abuelo guaireño quien recuerda por dónde bajó el lodo en el 51, hasta dónde llegó en el 99 y cómo se agrietó la tierra en el 2026, es en la memoria histórica del Guaireño donde reposan los primeros antecedentes.

Para que esos antecedentes no se pierdan en la anécdota, debemos institucionalizar lo que en geografía llamamos la "cartografía social". Los planificadores e ingenieros deben sentarse en las plazas y en los callejones, desplegando los planos junto a las comunidades para que sean ellas quienes marquen sus reales y verdaderas rutas de evacuación, los puntos de encuentro seguros y las zonas donde el suelo históricamente cede. El conocimiento empírico debe ser elevado a la categoría de dato técnico; solo así el vecino dejará de ser visto como un espectador pasivo o una potencial víctima, para asumir su rol como el principal gestor de su propio riesgo.

Cualquier estrategia de reconstrucción urbana o sistema de alerta temprana debe diseñarse, planificarse y ejecutarse de la mano del guaireño. La ciencia aporta la métrica, la resistencia de los materiales y el cálculo del riesgo, pero el pueblo aporta la memoria histórica y la lectura empírica e íntima del paisaje. Solo fusionando la experticia de los especialistas con la sabiduría de nuestra gente lograremos formular políticas de Estado verdaderamente efectivas y humanas.

A esto le llamamos reconstruir el terruño. Aceptar de frente que nuestra geografía respira, ruge y se estremece, pero que tenemos el conocimiento, la voluntad y el derecho absoluto de habitarla con seguridad. Al unir la ciencia y la experiencia, garantizamos que el legado de arraigo de nuestros ancestros y de todos los caídos no se pierda entre los escombros, sino que se convierta en la base fundacional de una Guaira que se levanta, definitiva e indestructible, de cara a su inmenso mar, garantizando a nuestros hijos, a nuestras generaciones futuras un territorio seguro, pero sobre todo muy nuestro.

Conclusiones y Consideraciones Finales

El pacto definitivo con nuestro territorio

Al repasar las páginas de este testimonio y analizar la profunda huella que la naturaleza ha dejado sobre nosotros, resulta innegable que la historia de mi familia es, en esencia, la radiografía histórica del litoral central. Al trazar esta línea de tiempo, es un deber ineludible precisar que nuestro linaje no solo resistió el devastador deslave de 1951 y el colapso del terremoto de 1967. En el medio de esos dos grandes hitos, fuimos víctimas directas de las fuertes precipitaciones de 1960, un evento que también marcó a nuestra gente, que obligó a mis abuelos a reinventar su supervivencia, y que confirma una verdad absoluta: nuestra convivencia con las amenazas hidrometeorológicas y sísmicas no es una anomalía fortuita, es nuestra constante vital. Los años 1951, 1960, 1967, 1999 y 2026 no son simples fechas en un calendario de tragedias; son lecciones geográficas inexorables que hemos pagado con nuestra propia piel, con nuestro patrimonio y con nuestras lágrimas.



Cronología de Eventos Hidrometeorológicos y Sísmicos en La Guaira.

Fuente: Tomado de: <https://www.tendenciainternacional.com>

La principal conclusión que se desprende de este doloroso pero necesario aprendizaje es que debemos abandonar definitivamente la visión fatalista. La Guaira no está maldita ni condenada por designios divinos. La cordillera seguirá vertiendo sus aguas hacia el Mar Caribe a través de sus cuencas escarpadas y valles encajonados, y las placas tectónicas del Caribe y Suramericana continuarán su milenario reacomodo bajo nuestros pies. Esa es la dinámica natural e indetenible no solo de nuestra tierra Venezuela, sino inclusive de nuestro planeta. El verdadero desastre ha sido nuestra insistencia histórica en ocupar el espacio desafiando esas leyes en lugar de

adaptarnos inteligentemente a ellas. Ha quedado demostrado, desde el rigor de la Geografía, que el riesgo es una construcción social, producto de la desorganización urbana, el cortoplacismo y la ceguera sistemática frente a las variables ambientales.

Por consiguiente, defender nuestro derecho al arraigo —nuestra irrenunciable topofilia— exige hoy asumir una inmensa responsabilidad ciudadana y académica. Decir «el guaireño no se va» ya no puede ser únicamente un grito de resistencia emocional frente al estigma del forastero o una negación obstinada frente al peligro; tiene que convertirse en un compromiso técnico, educativo y de gestión. Amar a La Guaira en el siglo XXI significa exigir estudios exhaustivos, una microzonificación multiamenazas, respetar los cauces históricos y los conos de deyección, aplicar normativas sismorresistentes inflexibles en cada nueva edificación y, sobre todo, dejar de normalizar la vulnerabilidad como si fuera nuestro único destino posible.

Como consideración final, es imperativo establecer que ningún plan de ordenamiento territorial, por más avanzado que sea su sustento tecnológico, tendrá éxito si se impone desde un escritorio lejano a nuestra realidad. La reconstrucción integral de La Guaira necesita de los Sistemas de Información Geográfica (SIG), tanto como necesita de la memoria de nuestra gente. La "cartografía social" debe ser el pilar innegociable de toda política de Estado, garantizando que cada mapa de riesgo se dibuje escuchando el latido de las comunidades. Las redes de apoyo que tejimos en medio de la oscuridad del doblete sísmico demostraron que la organización comunitaria es una infraestructura tan vital como el acero. El renacer de proyectos como el de La Casita – Voces 101.5 FM es nuestro mayor faro de esperanza en este sentido: la prueba palpable de que cuando la ciencia, la ingeniería y el corazón popular se unen, somos capaces de levantar espacios que no solo disipan sismos, sino que protegen nuestra identidad y garantizan nuestra voz.

Sobrevivir a tantas fracturas nos ha otorgado a los guaireños una autoridad moral incuestionable. Nos ganamos a pulso e inclusive con sangre y con muertes, el derecho a exigir, a decidir y diseñar nuestro propio destino. Estas líneas quedan escritas como un testamento de vida para mis sobrinos: Raúl Daniel, Yomfrank, Yoanlin y Yeancarlos, Bianca, Greisysmar y Raúl Santiago (Santi), Rulmary, Lusdelis y Luis Alejandro, Mathías y José Leonardo, Victoria y Ana Paula, Camila y Nicol, Paola y Leonel Alberto, y para todas las generaciones futuras, para que nunca olviden de qué material inquebrantable estamos hechos. Nuestro desafío final no es domar a la naturaleza, sino reconciliarnos con ella, firmando un pacto definitivo, científico y humano con nuestro territorio, para que La Guaira vuelva a ser lo que siempre debió ser: nuestro terruño, nuestro hogar y nuestro refugio más seguro.

Referencias

- Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat (ACADING). (s.f.). *Estudios y registros de eventos hidrometeorológicos y vulnerabilidad en el Litoral Central*. Tomado de <https://acading.org.ve>
- Archivos comunitarios y crónicas locales. (s.f.). *Registros, testimonios y recortes de prensa de la época sobre las inundaciones de 1960 en Naiguatá, Macuto y Caraballeda*. Tomado de <https://www.facebook.com>
- Arquidiócesis de Caracas. (s.f.). *Parroquia Nuestra Señora del Rosario de Fátima* [Fotografía]. Tomado de <https://arquidiocesiscaracas.com/parroquia-nuestra-senora-del-rosario-de-fatima/>
- AUAEV. (2000, junio). *Informe a la Presidencia de la República*. Caracas, Venezuela.
- BBC News Mundo. (2026). *Del deslave del 1999 a los terremotos de 2026: La Guaira, uno de los estados de Venezuela más golpeados por desastres naturales*. Tomado de <https://www.bbc.com/mundo/articles/cddlryq3m7vo>
- BBC News Mundo. (2026). *El devastador doblete sísmico del 24 de junio de 2026*. Tomado de <https://www.bbc.com/mundo/articles/crr8ezq9ez8o>
- Bloomberg Línea. (2026). *Residencia Le Club tras el doblete sísmico, Caraballeda* [Fotografía]. Tomado de <https://www.bloomberglinea.com/>
- Diario VEA. (s.f.). 1951 *La montaña mostró su poder con el deslave más recordado del siglo XX*. Tomado de <https://diariovea.com.ve/la-guaira-podemos-cargar-con-la-carga-o-cruz-que-dios-mande/>
- Domínguez Padilla, M. (1960-2026). *Memoria fotográfica familiar y propia* [Colección de fotografías inéditas]. Archivo personal de la autora.
- El Universal. (s.f.). *Tragedia de Vargas: el desastre que estremeció a Venezuela hace 24 años* [Fotografía de la Urbanización Los Corales, 1999]. Tomado de <https://www.eluniversal.com/venezuela/170985/tragedia-de-vargas-el-desastre-que-estremecio-a-venezuela-hace-24-anos>
- Genatios, C. (2003, 15 de abril). *Piedras al acecho*. El Nacional. Caracas, Venezuela.
- Genatios, C., & Lafuente, M. (2003). *Lluvias torrenciales en Vargas, Venezuela, en diciembre de 1999. Protección ambiental y recuperación urbana*. Boletín Técnico IMME, 41(2-3). Instituto de Materiales y Modelos Estructurales, Universidad Central de Venezuela.
- Google Earth. (2026). *Vistas aéreas del sector Punta Brisas y Urbanización Caribe, estado La Guaira, tras el doblete sísmico* [Imágenes satelitales].
- Grases, J., et al. (2000). *Efectos de las lluvias caídas en Venezuela en diciembre de 1999*. PNUD. Caracas, Venezuela.
- Grauer, O. (Ed.). (2001). *Rehabilitación del El Litoral Central, Venezuela*. Universidad Metropolitana. Caracas, Venezuela.
- Instagram (Perfiles: @eslaguairaenfotos y @eljournaldedani). (s.f.). *Tragedia de Vargas. Carmen de Uria (antes y después), Naiguatá – La Guaira (1999)* [Fotografías]. Tomado de <https://www.instagram.com>
- Instagram y Facebook (Perfiles: @arquitecto_simongonzalo, @arquitecturavzl, La Guaira en retrospectiva, Maiquetía y su pasado). (s.f.). *Imágenes históricas de la Mansión*

- Charaima (1967) [Fotografías]. Tomado de <https://www.instagram.com> y <https://www.facebook.com>
- Lafuente, M., & Genatios, C. (2003, agosto). *Producción Social de Desastres*. Question, 2(14). Le Monde Diplomatique. Caracas, Venezuela.
 - Lisa News. (s.f.). *Crónicas de emergencias civiles y registros de prensa históricos*. Tomado de <https://www.lisanews.org>
 - López, J. (Ed.). (2000, diciembre). *Los aludes torrenciales de diciembre 1999 en Venezuela*. Taller Internacional. IMF/UCV, AUAEV, MCT y otros.
 - López, J., Pérez H., D., García, R., & Zhang, S. (2000, diciembre). *Evaluación Hidro-Geomorfológica de los aludes torrenciales de diciembre de 1999 en Venezuela*. En *Taller Los Aludes torrenciales de diciembre 1999 en Venezuela*. Instituto de Mecánica de los Fluidos, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
 - Marcano, F., & Barrios, S. (Coords.). (2001). *Estado Vargas, aspectos socioeconómicos, función urbana y opciones de desarrollo. Litoral Vargas, corredor urbano y red vial estructurante*. Instituto de Urbanismo y Centro de Estudios del Desarrollo, Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.
 - Martínez, M. (2000, diciembre). *Diseño de canalizaciones para transportar flujos de barro*. En *Taller Internacional sobre aludes torrenciales de diciembre 1999*. IMF y otros.
 - Redacción Tendencia. (2026, 10 de julio). *La historia de La Guaira guarda las huellas de grandes desastres naturales* [Incluye infografía cronológica]. Tendencia Internacional. Tomado de <https://www.tendenciainternacional.com/2026/07/10/la-historia-de-la-guaira-guarda-las-huellas-de-grandes-desastres-naturales/>
 - ResearchGate. (s.f.). *Edificio Mijagual. Los Palos Grandes, Caracas 1967* [Fotografía]. Tomado de <https://www.researchgate.net/>
 - Topographic Map. (s.f.). *Mapa Topográfico del Estado La Guaira* [Mapa topográfico en línea]. Tomado de <https://es-es.topographic-map.com/>
 - Universidad Central de Venezuela (UCV). (s.f.). Repositorio Institucional Saber UCV: *Datos pluviométricos, umbrales de lluvia críticos y estudios de cuencas del estado La Guaira*. Tomado de <https://saber.ucv.ve>
 - Urbani, F., et al. (2000, diciembre). *Geología del estado Vargas*. En *Taller Los Aludes torrenciales de diciembre 1999 en Venezuela*. Instituto de Mecánica de los Fluidos, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
 - Wikipedia. (s.f.). *Terremoto de Caracas de 1967*. Tomado de https://es.wikipedia.org/wiki/Terremoto_de_Caracas_de_1967